



José Mor de Fuentes

La fonda de París

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José Mor de Fuentes

La fonda de París

En esta comedia se representa la verdad idéntica, pues su realidad positiva y sagrada tan solo se adultera con los disfraces y miramientos que de suyo requiere el remedo teatral.

En cuadro tan absolutamente nuevo y original de costumbres peregrinas, no era fácil abarcar un sinnúmero de pormenores y formar una combinación expedita de intereses encontrados, para dar a la acción principal el bulto descollante y el raudal denodado de la constitución dramática; por tanto se espera, que el Público discreto, hecho cargo de lo arduo de la empresa, disimule los lunares, o sean desaciertos, en que no se ha podido menos de incurrir, a pesar del sumo ahínco que se ha dedicado al cabal desempeño del intento. Acogeremos entretanto ansiosa y entrañablemente las advertencias que se nos hicieren, para ir dando al conjunto la perfección que nos fuere asequible. Tal es nuestro anhelo.

La escena es en París, y en el comedor de la Fonda.

Personas

DON MARCELO Español
MONSIEUR CAMPAN Fondista, francés
MONSIEUR PIOMBINO Italiano
MONSIEUR FIFER Suizo
PEDRO Portero, francés
ADELAIDA Hermana de
MADAMA CAMPAN Fondista
MADAMA CLERMON Huésped, francesa
MADAMA BACHOQUI Huésped, italiana
JUANA Portera
PEPA o JOSEFINA Criada

Acto primero

Escena I

M. CAMPAN Pepita.

PEPA Señora.

M. CAMPAN Dime

la verdad; fuera pamemas.

PEPA Yo siempre.

M. CAMPAN ¿Tú?

PEPA Sí, señora.

M. CAMPAN Menos algo... en fin confiesa,
que D. Marcelo con dulces
te agasaja y galantea.

Ya lo sé, no me lo niegues.

PEPA ¿Ahí se cifra la prueba
de que yo con Adelaida
quiera entrar en competencias?

M. CAMPAN Adelaida es una loca.

PEPA No hay favor que no merezca
la señorita a su hermana.

M. CAMPAN ¿Yo favor? Justicia seca.

Busca un novio en D. Marcelo.

PEPA ¿Y qué tan mal le viniera
a la señorita un novio
dotado de tantas prendas?..

M. CAMPAN Mucho cuento; dicen que habla
los idiomas por docenas;
Buen provecho; yo me atengo
al eco de las pesetas.

Ese retintín precioso
es solo el que me embelesa...

PEPA ¡Oh! Eso ya lo sabemos;
la música más perfecta
para usted es la del oro.

M. CAMPAN Calle ya la bachillera,
mientras me voy a mis compras.

(Vase.)

PEPA Perdone usted mi inocencia.

Escena II

ADELAIDA y PEPITA

ADELAIDA ¿Conque tú tienes tus miras?...

PEPA ¿Yo?... ninguna.

ADELAIDA Esa insolencia

puede que te cueste cara.

PEPA Por supuesto.

ADELAIDA Tú chanceas,
al paso que yo infelice
hablando estoy muy de veras.

PEPA Por supuesto.

ADELAIDA No me apures.

PEPA ¡Si soy la misma inocencia!

ADELAIDA Ha, ladina; ya te entiendo.

PEPA Es fácil que usted me entienda.

ADELAIDA Yo sé que andas enredada...

PEPA No ando sino muy suelta...

¿Qué es en fin lo que usted quiere?

ADELAIDA Yo quiero que no pretendas

Atraer a D. Marcelo...

PEPA Pues, corriente,... voló... puf.

ADELAIDA Dale con tus chanzas necias.

Dejémonos ya de bromas,
que yo hablo muy de veras.

Hacen rico a D. Marcelo...

PEPA Tal vez lo será en su tierra;

mas aquí está, por lo visto,

limpio como una patena.

(Vase PEPA.)

Escena III

MONSIEUR CAMPAN y ADELAIDA

MR. CAMPAN ¿Qué es esto, fatuas del diablo?

Viva la ociosidad.

ADELAIDA Ea.

El agasajo es completo.

MR. CAMPAN Pues óyeme, bachillera.

ADELAIDA Ya escampa; vamos a ver.

MR. CAMPAN Ya sabes que las viviendas
de esta casa son tan solo
para huéspedes, y es fuerza

echar mano de tu cuarto.

ADELAIDA Gracias mil, por la fineza...

¿Y a dónde voy con mis huesos

a parar?

MR. CAMPAN Pues con la Pepa.

ADELAIDA Esta desdicha faltaba

a mi situación funesta...

¿Y no se guarda conmigo

algún decoro?

MR. CAMPAN Pamema;

ya sabes que en este pueblo,
y en todos (pues la dolencia,
aún más que el cólera morbo,
en la grande época nuestra,
reina ya en el orbe entero)
no hay más Dios que la moneda.

ADELAIDA ¿Y en suma, con la criada
sin compasión me emparedan?

MR. CAMPAN Ya me interesa a mí mucho
el que estés ancha o estrecha.
(Vase PEPA.)

Escena IV

MADAMA CLERMON, ADELAIDA y MONSIEUR CAMPAN

MR. CLERMON Voy en busca del dinero.

MR. CAMPAN Y es muy preciso que venga
ese señor al instante.

MR. CLERMON Pues voy a hacer cuanto pueda.

MR. CAMPAN Yo me atengo a las resultas.

M. CLERMON Espero que serán buenas.

MR. CAMPAN Y si no...

M. CLERMON ¿Qué será?

MR. CAMPAN Nada;
ahí está la escalera.

M. CLERMON El agasajo es muy fino.

MR. CAMPAN Que lo sea o no lo sea.
mediando mis intereses,

¿Qué me suponen las hembras?

M. CLERMON ¿Y los varones?

MR. CAMPAN Lo mismo;

¿Hay acaso diferencia?

Ahí está D. Marcelo,
señorón de mucha cuenta;
hace ya meses y meses
que me está esperando una letra,
la cual, según sus anuncios,
viene en posta muy ligera
de tortugas o de bueyes.

M. CLERMON ¿Y no merecen sus prendas
ese y otros miramientos?

MR. CAMPAN Sí, que me hacen mucha fuerza
esas ínfulas brillantes
de saber y de nobleza...
¡Y Españoles!... en el día
lo pasan mal, según cuentan;
albricias para nosotros,

pues tienen mucha soberbia;
y en fin, cuantos más quebrantos
y desventuras padezcan,
mejor mil veces, que todos
redundan en dicha nuestra:
¡Ay qué gloria!... mis quehaceres.
Me están llamando de priesa.
(Saca el reloj y vase.)

Escena V
MADAMA CLERMON y ADELAIDA

ADELAIDA ¡Ay, amiga de mi alma!
Aquí podremos siquiera
desahogar nuestros pechos,
y contarnos nuestras penas.

M. CLERMON Las mías son insufribles.

ADELAIDA Todo desdichado piensa
que son sumos sus quebrantos.

M. CLERMON Yo en París sola, y expuesta
a que me arroje a la calle
el cuñado... Su alma negra
es un pozo de maldades.
Si viene criada nueva
le cobra luego el barato
con su intimidad estrecha.

ADELAIDA Y por supuesto de tantas
es una la insigne Pepa,
mi linda competidora,
en cuyo cuarto me encierran.

M. CLERMON Yo nada extraño, y me acuerdo
de aquella viudita inglesa
que allá tan cerca del cielo
vivía por su pobreza,
y después de pervertirla
con escasa recompensa,
la echó a la calle, y perdida
va por ahí de puerta en puerta,
y su fina cuñadita...

ADELAIDA ¡Ay de mí! ¡Qué contingencias
corre en este infame pueblo
una huérfana doncella!

M. CLERMON Pero vamos...

ADELAIDA Punto en boca.

M. CLERMON El dictado de parienta,
que debiera retraerle
de tan criminal empresa,

es, por el contrario, un cebo,
un granito de pimienta,
un sainetillo exquisito
que redobla su impaciencia.
ADELAIDA Hablemos de otras maldades.
M. CLERMON Sé que aquí de lavandera
se sale libre y campante;
los huéspedes la costean,
y si algún precioso dije
a mal recaudo se queda,
voló, y así día y noche
procuro estar muy alerta.

Escena VI

MADAMA BACHOQUI y dichos.

M. BACHOQUI Este Piombino me mata.
M. CLERMON ¡Jesús! ¿Qué furias son esas?
M. BACHOQUI Parece que D. Marcelo
a Adelaida galantea.
ADELAIDA ¿A mí?
M. BACHOQUI A usted.
ADELAIDA Nada de eso.
M. BACHOQUI ¿Cómo?
ADELAIDA Así.
M. BACHOQUI Vaya.
ADELAIDA ¡Qué tema!
M. BACHOQUI En fin, con ese cariño,
amistad, o lo que sea,
que entre usted y D. Marcelo
sabemos todos que media,
permítame usted le franquee
una peregrina idea,
para ver si ese Piombino
de su letargo despierta.
ADELAIDA ¿Y yo acaso entro ni salgo
en que despierte o que duerma?
M. BACHOQUI Las amigas ayudarse
deben siempre en sus empresas.
ADELAIDA ¿Es mi traza por ventura
para el papel de tercera?
M. CLERMON Aquí todo es amoríos
y celos y competencias,
y quien sobre esto intentara
componer una comedia
se volvería tarumba
para enlazar tantas hebras.

M. BACHOQUI Mi pasión es bien notoria,
y así no gasto pamemas.

M. CLERMON De achaque de hipocresía,
por cierto, no da usted muestras.

Escena VII

PIOMBINO y dichos.

PIOMBINO Mal hayan tantos encargos
como me hacen de mi tierra...

M. BACHOQUI ¿Y qué encargos serán esos?

PIOMBINO Los que fueren.

M. BACHOQUI La respuesta
es, por cierto, cariñosa.

PIOMBINO Si no lo es, que no lo sea.

M. BACHOQUI Ya escampa ¿Habría persona
más extraña y desatenta?...

PIOMBINO Poco a poco.

M. BACHOQUI Otras mil veces
con expresiones diversas
me trató usted.

PIOMBINO ¿Yo?

M. BACHOQUI V. mismo.

PIOMBINO ¿Cuándo?

M. BACHOQUI Siempre.

PIOMBINO Nunca.

M. BACHOQUI Es fuerza
tratar a usted cual merece.

PIOMBINO Yo merezco indiferencia;
esa es mi Diosa.

M. BACHOQUI ¡Qué inicuos!
¡Qué necios y qué veletas
son los hombres!

PIOMBINO Sí por cierto;
somos maldita ralea.

(Vase.)

M. BACHOQUI ¿A dónde tan presuroso?
Tenemos que ajustar cuentas.

PIOMBINO Las mías están corrientes.

M. BACHOQUI Para mí no sirven tretas.

(Vase tras él.)

(Retírase ADELAIDA para dentro. Va a salir la CLERMON.)

Escena VIII

PEDRO deteniendo a LA CLERMON y luego JUANA.

PEDRO Señora.

M. CLERMON Pedro.
PEDRO Palabras.
M. CLERMON A ver qué embajada es esta...
PEDRO Como soy corto de genio
 No acierto a explicarme... apenas...
M. CLERMON ¿Será el parto de los montes?
PEDRO Cautivado de esas prendas...
M. CLERMON ¿Estás loco?
PEDRO No, señora;
 yo sé que usted escasea
 de medios...
M. CLERMON ¿Y qué te importa?
PEDRO Que mi moneda es tan buena
 como...
M. CLERMON Vete enhoramala;
 insolentón, vil babioca...
PEDRO Tantos humos mal se hermanan
 con la extremada pobreza.
M. CLERMON ¿Cómo bribón? ¿Aún insistes
 en tu infame desvergüenza?...
JUANA ¿De cuándo acá en esta casa
 hay voces tan descompuestas?
M. CLERMON Tu maridito las causa
 con sus preciosas propuestas
 de amoríos.
(Vase.)

JUANA ¿Tú, malvado,
 en eso el dinero empleas
 que día y noche ganamos
 con tanta fatiga nuestra?
(Vase tras él, y los detiene M. CAMPAN.)

Escena IX.

MADAMA CAMPAN con las compras, JUANA y PEDRO.

M. CAMPAN En faltando yo de casa
 todo se vuelve pendencias.
JUANA Este mi esposo del alma
 las señoras galantea
 a mi costa.
PEDRO Nada de eso;
 Madama Clermon se empeña
 en difamar esta casa,
 mas yo de maña tan fea
 procuro disuadirla,
 y esas patrañas inventa

en despique.

JUANA ¿Usted lo cree?

Bribón a mí no me vengas
con disculpas fementidas,
pues sé de qué pie cojeas.

PEDRO Y tú cojeas de entrambos.

M. CAMPAN Esa dama bachillera
y este portero vicioso,
para mí, corren parejas.

PEDRO Portero, y a mucha honra;
y si usted no está contenta,
ya se sabe que a la calle
se va siempre por la puerta.

M. CAMPAN Pues a la calle de momento.

PEDRO Vámonos más que de prisa.

JUANA Si tú te vas, yo me quedo.

PEDRO ¡Qué humildad! y ¡qué obediencia!

JUANA Los maridos como tú
que se vayan donde quieran.

Escena X.

MONSIEUR CAMPAN, y dichos.

MR. CAMPAN ¿Así se barre la casa?

El portero y la portera,
sin más ni más, ensartando
sandeces e impertinencias,
y la puerta, mientras tanto
abandonada se queda.

M. CAMPAN Tiene el hombre otros quehaceres.

MR. CAMPAN ¿Con quién?

M. CAMPAN Con damas de cuenta,
Madama Clermon parece,
que es su linda Dulcinea.

MR. CAMPAN Pues sin más tardar, hoy mismo
esa mendiga va fuera,
y aquí cada cual acuda
día y noche a sus faenas.

(Vanse los porteros.)

Escena XI

ADELAIDA y MONSIEUR y MADAMA CAMPAN.

ADELAIDA ¿Y está usted siempre en sus trece?

MR. CAMPAN Por supuesto.

ADELAIDA ¡Qué manera
tan galana y decorosa

de tratar a una doncella!

MR. CAMPAN ¡Con ironías me vienen!

Donde median las pesetas
ya me importan miramientos
por casadas y doncellas.

M. CAMPAN No te aflijas, Adelaida.

ADELAIDA Pues, mujer, si me emparedan
con la Pepa.

MR. CAMPAN A mí me falta,
para redondear mi cuenta,
el importe de ese cuarto.

ADELAIDA Tan pronto como se pueda,
se abonará por entero.

MR. CAMPAN Si tan largas me las echas...
Pero aquí está Monsieur Fifer,
y con él te las avengas.

ADELAIDA ¡Ay qué carita de Pascua!
¡Con qué gracia se presenta
el Suizo de mi vida!

M. CAMPAN ¿Y qué te importa que sea
un tontón, con tal que le echas
el anzuelo?

ADELAIDA ¡Ay qué babieca!

(Vanse MONSIEUR, y MADAMA CAMPAN.)

Escena XII

MONSIEUR FIFER y ADELAIDA.

FIFER ¿Cómo tan triste, Adelaida?

ADELAIDA Los objetos que me alegran
siempre, por mi desventura,
sobremanera escasean.

FIFER Un Suizo liso y llano
no es sujeto que interesa.

ADELAIDA Confieso que no me empleo
en ajustar esas cuentas.

FIFER Un Señorón, Castellano
es persona de otra esfera.

ADELAIDA D. Marcelo ciertamente
atesora nobles prendas,
mas trae la fantasía
tan atufada y tan llena
de sus damas españolas
que rechaza a las Francesas.

FIFER Mas, por lo visto, Adelaida
es excepción de la regla.

ADELAIDA Yo no estoy para amoríos;

mi cuñado me atropella,
y a prisión con la criada
sin recurso me condena.

FIFER Yo voy a hablarle ahora mismo.

ADELAIDA ¡Bello empeño se atraviesa!

FIFER Usted, por lo que estoy viendo,
altamente me desprecia.

ADELAIDA Tómelo Usted en buen hora
como mejor le parezca;
cuanto más que quien posee
esas regulares prendas
amante ha de ser de alguna
hermosura.

FIFER De trescientas;
la una por lo bonita,
la otra por lo discreta;
aquélla por blanca y rubia,
ésta por pronta y risueña,
al par todas me disparan
sus flechazos.

ADELAIDA Pero entre ellas
una al menos habrá siempre
que sea la predilecta.

FIFER ¿Yo dedicarme a una sola?
¡Qué desvarío! Usted sueña.

ADELAIDA ¿Y Usted les compone coplas?

FIFER Por docenas de docenas;
y en ellas les tengo dicho
que no me pidan pesetas,
porque el género anda escaso;
poesías cuantas quieran.

ADELAIDA Pues por mi parte dispense
a todos de esa tarea,
y si allá de tarde en tarde
algún galán me interesa,
con que me hable en prosa llana
me daré por satisfecha.

Fin del Acto primero.

Acto segundo

Escena I

DON MARCELO, riendo a carcajadas, viene de fuera, PIOMBINO de adentro.

MARCELO ¡Qué montón de calvinistas!

¿Si todos son calvatruenos?

PIOMBINO Mas ¿quiénes?

MARCELO Los diputados.

PIOMBINO De todo habrá...

MARCELO Nada de eso.

El macizo Presidente
ni siquiera tiene un pelo;
los secretarios ostentan
un testuz tan mondo y terso,
cual si lo hubiera bruñido
un forzado zapatero;
y ya escampa, en cuanto a calvas,
por todos los demás miembros.
Sin duda cavilan tanto
que se les fríe el cerebro,
y así se les desarraigan
y les vuelan los cabellos.

PIOMBINO Usted se empeña en mofarse
de este París que es el centro
de la galana cultura,
del buen gusto y del asco.

MARCELO Digan esos calesines
que con infernal estruendo
van salpicando de lodo
los infantes de ambos sexos;
y entretanto los franchutes,
si se les ofrece, en medio
de la calle, alguna urgencia,
la despachan al momento.

PIOMBINO Para eso, en los pasadizos,
el cristalino cubierto
a los paseantes galanes
resguarda de contratiempos.

MARCELO Y allí el frenético lujo
halla poderoso cebo...

PIOMBINO ¿Hay más que pasar de largo?

MARCELO ¿Y es fácil?

PIOMBINO Con su dinero
han de contar los mirones.

MARCELO A la verdad ese riesgo
es menor que el de las damas
que, por los brazos asiendo,
pretenden a viva fuerza

clavar su venal anzuelo.

PIOMBINO Es achaque de las Cortes.

MARCELO Entonces pegarles fuego.

PIOMBINO ¿A todas?

MARCELO Si me dejaran

escoger, en el momento

me quedara sin ninguna.

PIOMBINO Vaya, Usted en lo severo
es un Catón.

MARCELO Punto menos.

PIOMBINO Mas las Ciencias y las Artes
están aquí en auge.

MARCELO Cierto,

y la Academia de Ciencias,

y aún otros... contados... cuerpos

los miro, como merecen,

con entrañable respeto;

pero en suma ¿qué suponen

unos cuantitos ingenios

en población tan enorme,

en este hervidero inmenso,

donde reinan por esencia

corrupción y desenfreno?

PIOMBINO Pero en fin tantos teatros...

MARCELO ¡Ay qué registro tan bello!

Los mismos que tanto hollaron

a los Escritores nuestros,

son los que ahora envilecen

el más racional recreo

que han inventado los hombres.

¿Y podrán aún ser objeto

de sus altivos escarnios

Calderón, Lope y Moreto,

que, en medio de sus desbarros,

mostrando están más ingenio

que miles de abortadores

de tantos monstruos horrendos

que dan a los comadrones

ejercicio placentero,

casi a la vista de todos,

en sus cultos coliseos?

Pero con tales abortos

chupan al vulgo el dinero

y ahí finca o punto, amiguito.

PIOMBINO Aquí en verdad el apego

al interés es el alma

de todos los movimientos;

pero no puede negarse,
que en general el Gobierno
se ha mostrado generoso
con todos los extranjeros.

MARCELO Por mi parte a los franchutes
ni un ochavillo debo,
a Dios gracias.

PIOMBINO Ahí viene
Adelaida, y yo contemple
que estoy aquí muy de sobras
con mi papel de tercero.
(Vase.)

Escena II

ADELAIDA, y DON MARCELO.

ADELAIDA ¡Jesús qué caro de ver!

MARCELO ¿Quién?

ADELAIDA Usted.

MARCELO ¿Yo? no por cierto
pues veinte veces al día
ando, corro, salgo y entro,
y este Parison monstruoso
me tiene en vaivén perpetuo.

ADELAIDA Será alguna Clori el blanco
de tanto afán...

MARCELO Ni por sueño;
son sin número las damas,
y de mérito por cierto,
que estoy viendo a toda hora
por calles y por paseos;
pero allá quedó mi alma
por las márgenes del Ebro.

ADELAIDA ¿Y permite, por ventura
el país del galanteo
saludar así a las damas
con desengaños tan fieros?

MARCELO Esas prendas son muy dignas
del más racional aprecio,
mas declaro sin rebozo,
que en punto a formal empeño
Dios guarde a Usted muchos años.

ADELAIDA No pido tanto.

MARCELO Me alegre,

pues la amistad volandera
me hechiza en el sexo tierno.

ADELAIDA Pero el guardar consecuencia
es prenda de caballeros.

MARCELO Y de ser en este punto
un D. Quijote me precio...
pero en materia de amores,
por Dios, no sutilicemos,
como hacían mis paisanos
con argumentos en verso,
cuyas honduras no alcanza
el más peliagudo ingenio.
Con que, Adelaida, de cera
para admitir los afectos,
en guardarlos de diamante
blasona de ser mi pecho,
y de aflicciones de damas
en estreno me conduelo.

ADELAIDA Las mías son muy amargas.

MARCELO El cuñado es, en efecto,
el interés en persona;
un aborto del infierno.

ADELAIDA Como que acaba ahora mismo
de condenarme al encierro,
más vil y más repugnante
que cabe en le pensamiento.

MARCELO ¿Y es?

ADELAIDA En la lóbrega jaula,
en ese rincón estrecho,
donde la Pepa acostumbra
recibir a sus cortejos...

MARCELO Ardo todo en vivas ansias
esperando ese dinero,
para escapar a carrera
de esta casa, de este centro
de cuanta torpe vileza
gangrenó el humano pecho.

ADELAIDA Ustedes aún atesoran
los arranques quijotescos
que ya en las demás naciones
como antiguallas murieron.

MARCELO Yo en vez de santificarme,
en sensuales devaneos,
al par de los demás hombres,
me siento de carne y hueso;
pero soy muy D. Quijote
en punto a los miramientos,

y a los rasgos que requiere
el pundonor más excelso.

Escena III

MONSIEUR FIFER y dichos.

FIFER Albricias, Señores míos:
eso es jugarla del diestro,
pues la ocasión, aunque calva,
se deja asir de un cabello.

ADELAIDA Parece que Monsieur Fifer
viene de humor placentero.

MARCELO Le habrán salido las cuentas
a medida de su anhelo.

FIFER ¿Yo cuentas? Que me las claven
en la frente, pues yo mismo
lo que soy en esta parte
ni sé, ni quiero saberlo.

MARCELO ¡Metido a chusco un Suizo!
¡Qué fenómeno tan nuevo!

FIFER Eso se queda tan solo
para Ustedes.

MARCELO A lo menos
de fogosa fantasía,
y de natural gracejo,
no sentimos más dotados
que todos los extranjeros.

FIFER Entre tanto que Usted viva
no puede faltarle incienso.

MARCELO A la prueba me remito.
(Vase.)

FIFER ¡Qué Español tan altanero!

Escena IV

ADELAIDA y FIFER.

ADELAIDA ¿Ese orgullo por ventura
carece de fundamento?
En ese ingenio brillante
hierven los lindos conceptos,
las preciosas agudezas
y los amantes requiebros,

que batallan en su boca
sobre cual saldrá primero;
y lo que es más apreciable
para un delicado pecho,
sus pasos rebosan todos
de heroicos procedimientos.

FIFER Usted se vuelve Poeta
al hablar de su Marcelo;
sin duda ese personaje
se apeó del firmamento,
y embargando las potencias
con tan sin par embeleso,
poquilla cabida queda
a todo vulgar sujeto
para entablar un asomo
de entrañable galanteo...

ADELAIDA Ante todo Usted no trae
conmigo tales intentos,
ni yo como adocenada,
aspiro a que D. Marcelo
orillé a sus Españolas
para honrarme con su afecto.

FIFER ¿Y si al fin las orillaran?

ADELAIDA Está ese caso tan lejos,
que da larguísima tregua
para entablar mil proyectos.

FIFER Pues que esté lejos o cerca,
por mi parte desde luego
me avengo al amargo trance
de verme ¡ay de mí! pospuesto...

ADELAIDA Monsieur Fifer la ironía
maneja, que es un portento.

Escena V

MADAMA CAMPAN, y dichos.

M. CAMPAN En medio de tus sollozos
por ese nocturno encierro,
que en nada supone,
porque tanto acude el sueño
a la más estrecha estancia
como al más ancho aposento,
te veo siempre embullada
en cháchara y en jaleo.

ADELAIDA ¿Qué, también queréis privarme

de estos lánguidos esfuerzos,
por conjurar algún tanto
mis lóbregos desconsuelos?

M. CAMPAN Según tus preciosos rasgos,
tienes el heroico intento
de ser dama de novela.

Los duelos con pan son menos,
dice allá el refrán antiguo,
Conque si quieres tenerlo,
trabaja, porque si huelgas
ayunarás sin remedio.

ADELAIDA ¿Y tú eres hermana mía?

M. CAMPAN ¿Cuándo he dejado de serlo?

ADELAIDA Cuando me estás insultando.

M. CAMPAN Sin duda has perdido el seso.

FIFER Con el sabio D. Marcelo.

M. CAMPAN ¿Con ese Español dichoso,
tan escaso de dinero
como cuajado de orgullo
con su ciencia y su talento?

Carga con él; date priesa,
que el dije no es para menos.

La Necesidad y el Hambre
harán un gran casamiento.

FIFER Y en esa preciosa boda,
si no hay joyas, habrá versos,
en más lenguas que se hablaron
allá en Babel.

M. CAMPAN Desde luego
con diplomas de Academias,
aclamándole maestro
en todas las facultades
que inventó el humano ingenio.

ADELAIDA Habéis tomado a deporte
zaherir a D. Marcelo.

Quien no parece perece.

M. CAMPAN Su presencia mete miedo.

ADELAIDA Pues todos a los principios
le rendíais mil obsequios.

M. CAMPAN Siendo en instrucción tan rico,
todos daban por supuesto,
que lo sería igualmente
en pesetas, pero ¡ay cielos!

Venir a París sin blanca...

¡Qué baldón! ¡Qué devaneo!

ADELAIDA Está esperando sus letras.

M CAMPAN Será de casta de Hebreos,

que esperando a su Mesías
ayunan siglos enteros.

Escena VI

MONSIEUR CAMPAN y dichos con PEPITA.

MR. CAMPAN ¿Con qué en dimes y diretes
malogramos siempre el tiempo?...

Vamos Pepa ¿está corriente
cuanto he dejado dispuesto?

PEPA ¿Quién lo duda?

MR. CAMPAN Yo.

PEPA Pues todo
estará listo al momento.

FIFER Usted está dentro y fuera
en movimiento perpetuo.

MR. CAMPAN Por los huéspedes yo siempre
me desvivo y enloquezco.

Abajo en la portería,
con el más prolijo esmero
colgué ya las campanillas,
que por alambres diversos
puntualmente corresponden
cada cuál a su aposento.

Si se ofrece, cordonazo,
y acude el portero al vuelo.
Pero a ver ¿de qué me sirve
un ahínco tan intenso,
si a lo mejor estas hembras
anonadan mis proyectos?

ADELAIDA ¡Hay tal tema! ¿Cuándo y cómo
contrastamos ese anhelo?...

M. CAMPAN Sin duda la bachillera
contribuye con su esmero
a que mi casa descuelle
en París por sus aumentos.

Cada cual a su tarea,
y fuera de aquí al momento.
¿Quién como Usted Monsieur Fifer?
Con su estado de soltero
los placeres a millares
le han de salir al encuentro.

FIFER París para disfrutarlos
requiere mucho dinero,
y sin él mil privaciones

producen mortal tormento.
(Vase.)

MR. CAMPAN ¿También llora este escaseces?
¡Qué turbión de pordioseros
ha descargado en mi casa!
Mi destino es mucho cuento;
Piombino por emigrado,
por atrasos D. Marcelo,
por no sé qué Monsieur Fifer,
todos se muestran escuetos.
En tanta pobretería,
me dejaba en el tintero
Madama Clermon ¡qué apunte!
Pues toditos de un volco
irán hoy mismo a la calle,
sin compasión, sin remedio.
(En ademán de irse.)

M. CAMPAN Oye.

MR. CAMPAN No, que se me ofrece
un quehacer allá muy lejos.

M. CAMPAN Luego irás.

MR. CAMPAN Déjame.

M. CAMPAN Escucha.

MR. CAMPAN Nada.

M. CAMPAN Detente un momento.

MR. CAMPAN ¡Qué fastidio!

(Vase.)

M. CAMPAN Cuando vuelvas
verás a quien echar menos.
(A PEPA.)

¿Con qué más y más por puntos
tu galán es D. Marcelo?

PEPA En la triste Josefina
el abrigar en su pecho
pretensión tan encumbrada
fuera loco devaneo;
y luego ¿tan temeraria
había de ser, sabiendo
que toda una Señorita
Adelaida está por medio?

ADELAIDA ¿Qué sabe la bachillera
de ese asunto?

PEPA ¡Santos cielos!

¿Pues si lo saben ya todos?

ADELAIDA Todos saben tus enredos;
y es porque andas abrasada
y carcomida de celos.

PEPA Desde luego ¿quién lo duda?
Como que el tal caballero
hace un caso extraordinario
de usted, de mí... Unos muñecos
somos todas las francesas
para su genio altanero.

M. CAMPAN Pues por si o por no, recoge
tu ropa y vete al momento.

PEPA ¿Y el motivo?

M. CAMPAN Tus primores.

PEPA ¿Cuáles son?

M. CAMPAN Mil y doscientos.

PEPA Cabalita está la cuenta.

M. CAMPAN ¿Lo ignoras?

PEPA Por supuesto.

M. CAMPAN Pues anda a que te los diga
tu querido don Marcelo.

PEPA ¿Conque hoy ya no hay comida?

M. CAMPAN Mas que no se coma.

PEPA Luego

el amo con este chasco
se pondrá hecho un veneno,
y los huéspedes volaron.

M. CAMPAN No me vengas con pretextos.

PEPA A la prueba me remito

M. CAMPAN ¿Con qué ya no es Don Marcelo
el galán de confianza,
el íntimo de tu pecho?

Que es, por lo visto, mi esposo.

PEPA ¿Mi amo y Señor?... sí, por cierto,
¡Ay qué risa!

M. CAMPAN Risa o llanto,
ya está visto.

PEPA Desde luego.

M. CAMPAN Que te marches te repito.

PEPA Yo contesto, que no quiero.

M. CAMPAN Eso sí que es liso y llano.

PEPA ¿Para qué sirven rodeos?

(Vanse las dos.)

Escena VIII

ADELAIDA sola haciendo labor y cantando.

 Mi cariño es sin segundo,
 mis quebrantos son sin cuento,
 y al buscar algún alivio,
 con mayor pesar me encuentro.

 Pero en medio de los trances
 de tan bárbaro tormento,
 con memorias amorosas
 me distraigo y me embeleso.

 Venid, pues, llegad al punto,
 venid, plácidos recuerdos,
 retratadme los primores
 de aquel adorado dueño;

 De aquel ídolo precioso
 que de la margen del Ebro
 vino a rendir mi albedrío,
 del ingrato D. Marcelo...

 ¡Cuán dichosas las beldades
 de atributos tan excelsos
 que flechar de parte a parte
 mi galán infiel pudieron!

Escena IX

DON MARCELO y dicha.

MARCELO Si, como dijo hace siglos
un autor clásico griego.

No hay sinfonía que suene
con ecos tan halagüeños
como la fina alabanza,
¿Qué será si los más bellos,
los más angélicos labios,
están entonando a solas
elogios tan lisonjeros?

¡Cuántas prendas exquisitas
atesora un solo pecho!

ADELAIDA Usted mismo se retrata
con el más cabal acierto.

MARCELO Mas lo de infiel y de ingrato
de mi ser va tan ajeno,
que, a pesar del blando halago
de esos mágicos acentos,
se nubló mi gloria toda,

voló mi tierno embeleso.

ADELAIDA ¡Ojalá me equivocara!

MARCELO ¿Fui jamás alevoso,
ni siquiera por asomo,
de algún comprometimiento?

Mis entrañas son ardientes
y sensibles en extremo.

Ayer en la Tuilerías,

que es mi ordinario paseo,

sentéme junto a una dama

de rostro lindo y modesto,

que se llamaba Amaranta,

nombre raro y novelesco,

y tras hablas generales,

y luego coloquios tiernos,

saqué mi lápiz, y al punto

escribí unos cuantos versos

que recibió sin melindre

con muestras de fino aprecio;

y por fin, sin preguntarle

por su barrio y paradero,

ni brindarle con el mío,

le rendí mi acatamiento.

ADELAIDA ¡Qué tibio galán estuvo
el brillante D. Marcelo!

MARCELO El mismo que por ustedes

ni afán, ni caudal, ni riesgo

perdonará, si se ofrece;

y siempre con el extremo

que idolatra a las mujeres

menosprecia el bronco sexo.

Escena X

MONSIEUR CAMPAN. FIFER y dichos.

MR. CAMPAN Esta runfla de mendigos

tan ceñudos y altaneros

que me zumben por la fonda,

¡Ay Dios! me trae sin seso.

MARCELO Quien prorrumpe en tales voces

lo tiene huero en efecto.

¿No es Piombino en emigrado

económico y discreto,

que, de un déspota implacable

con peligros mil huyendo,

reducido a sus haberes,
vive aquí cual caballero?
Monsieur Fifer, individuo
de una casa de comercio,
de Adelaida está prendado,
si de amores algo entiendo.

ADELAIDA Yo no tengo de esa dicha
el menor conocimiento.

MR. CAMPAN Mi cuñada a sus galanes
suele mirar con desprecio,
cual si tuviera de sobras
las haciendas y el dinero.

(En ademán de irse, le detiene MARCELO.)

MARCELO Alto allá, patrón precioso,
que no está acabado el cuento.

¿Sabe usted que mi socorro
aguardo al primer correo?

MR. CAMPAN Vendrá en posta de tortuga.

MARCELO Yo por hoy mismo lo espero.

MR. CAMPAN Adelaida, a los quehaceres;
no perdamos siempre el tiempo.

(Vanse.)

MARCELO Ese patrón insolente
llevará un despolvoreo
de espaldas... o de cabeza
que ha de cantar el misterio.

Escena XI

MADAMA CLERMON, LA BACHOQUI, PIOMBINO, MARCELO y FIFER.

M. CLERMON Este insulto me faltaba...
y de parte de un perverso
que de muerte me persigue
con sus pérfidos obsequios.

MARCELO ¿Qué sucede?

M. CLERMON Friolera.

Aún no bien cumplida tengo
la mesada, y me arrebató
la llave de mi aposento...

MARCELO Cargue usted con la del mío.

(Le da la llave.)

M. CLERMON ¿Cómo es eso?

MARCELO Cambiaremos.
M. CLERMON ¿Quiere usted comprometerse?
MARCELO No habrá comprometimiento;
y si resulta, no importa;
quedará un gabacho menos.
M. CLERMON Usted siempre generoso,
y siempre galán completo,
es del pundonor la norma
y el campeón de nuestro sexo.
MARCELO Más acá hay posada, dice
allá un andaluz proverbio;
y tan ínclitos elogios
ni aún aspiro a merecerlos.
M. CLERMON ¿Pues qué con su boca y pluma,
no está usted siempre subiendo
el mérito de las damas
al primer predicamento?
MARCELO No me jacto de proezas
que no hice, ni por sueño;
pero al grano: Usted corriente
tiene siempre mi aposento.
M. BACHOQUI ¡Venturosas españolas,
que disfrutáis los extremos
de galanes engréidos
con sus finos rendimientos!...
Al revés de mis paisanos,
que blasonando de serlo
todo... se quedan en nada.
PIOMBINO Si las damas de su imperio
abusaren, es muy justo
estrellar grillos tan fieros.
M. BACHOQUI Hojarasca de palabras.
PIOMBINO Solidez de afectos tiernos.
M. BACHOQUI A la prueba me remito.
PIOMBINO A la experiencia me atengo.
MARCELO Pues si yo aquí más que asomos
de celillos no estoy viendo,
esos dimes y diretes
a indirectas, por lo menos,
del Padre Cobos me suenan.
PIOMBINO En cuanto a mí, desde luego
rablo de celos aparte.
M. BACHOQUI Eso es verter menosprecios
a manos llenas... sin duda
muy hambrientas estaremos
de sus finezas.
PIOMBINO ¿Quién sabe?

M. BACHOQUI Cualquiera puede saberlo.
(Vase.)

M. CLERMON Todo aquí se vuelve enojos.
(Vase.)

PIOMBINO Para mí todo es recreo.

Escena XII

DON MARCELO y PIOMBINO

MARCELO He visto aquel papelillo.

PIOMBINO En el cual he sido ingenuo.

MARCELO Muchísimo.

PIOMBINO Usted ha dado
en el nunca visto empeño
de poseer los idiomas
hasta el punto de hacer versos
en todos ellos.

MARCELO Tan solo
mis ensayillos contemplo
como juguetes, o chispas
de travesura.

PIOMBINO Ya entiendo;
pero, amigo, en italiano,
usted no va muy derecho.

MARCELO El papel así lo canta,...
y en términos muy expresos;
y en verdad que si en el alma
la lección sabia agradezco,
la persona y los modales
altamente menosprecio.

PIOMBINO A ese ademán imperioso
yo todo me hundo y tiemblo.

MARCELO Un gringo metido a chusco,
y de aquel fértil terreno
de los héroes de teatro,
es un primoroso objeto.
Si se tratase de dúos,
de muecas y de gorjeos,
entonces ya callaría
con profundo rendimiento.

PIOMBINO ¿Por ventura un italiana
no tiene su alma en su cuerpo,
lo mismo que cualquier otro?

MARCELO Italiana... desde luego.

PIOMBINO ¿Qué las almas españolas
son de temple más excelso?

MARCELO Pues vaya una bufonada.
¿No está usted, y todos viendo
comprar por ahí los melones
a cata?

PIOMBINO ¿Y bien? ¿Qué hay con eso?

MARCELO Que al par se catan las almas,
y así se sacia el deseo
de los curiosos.

(Vase.)

PIOMBINO No he visto
español más altanero.

Fin del acto segundo

Acto tercero

Escena I

Todos en la mesa, hasta que asoma la portera diciendo:

JUANA Señora; dos caballeros...

M. CAMPAN Allá voy.

JUANA Están de priesa.

(Al levantarse, vuelca una fuente, se mancha, salpica a ADELAIDA y a MADAMA CLERMON.)

MR. CAMPAN Mal hayan tus arrebatos.

M. CAMPAN Pepita, bruja, esta mesa
estaba puesta a la diabla.

PEPA Como siempre.

M. CAMPAN Bachillera,
se me ha volcado esa fuente,
y estoy hecha una miseria.

PEPA No es mi culpa.

M. CAMPAN Será mía.
Tráeme toallas apriesa.

M. CLERMON A todas nos ha cabido
el salpicón.

M. CAMPAN ¡Qué torpezas!

JUANA Pero, Señora, entretanto
los huéspedes se impacientan.

(Va a salir CAMPAN, tropieza con PIOMBINO, se abrazan y titubean, pero sin caer, para que la escena no degenere en entremesada.)

(Entra PEDRO diciendo:)

PEDRO Los huéspedes se marcharon.

MR. CAMPAN Por excusarte faenas,
los habrás tú despedido.

PEDRO La malicia es muy discreta.

MR. CAMPAN Como no eres veterano
en tu preciosa carrera,
es hacerte una injusticia.

JUANA ¿Si venían tan de prisa?...

M. CAMPAN (a MARCELO.)

Ríase usted del fracaso.

MARCELO ¿Qué no es paso de comedia?..
O de sainete...

MR. CAMPAN Cuidado,
qué trágico no se vuelva...

MARCELO Yo soy de mío medroso.

MR. CAMPAN Pues ajustemos la cuenta.

MARCELO Desde luego, si usted quiere,
ajustaremos trescientas.

(Vanse todos, menos los que se expresan luego.)

Escena II

MADAMA CLERMON y BACHOQUI; PIOMBINO y FICHER.

M. CLERMON Si el tal patrón fuese dueño
de París, pronto haría feria
de las casas, de las gentes,
de sus galas y preseas.

PIOMBINO Si Monsieur es un judío,
madama es aún más hebrea,
y los huéspedes para ellos
tanto valen cuanto suenan.

M BACHOQUI Si ellos pudieran a todos
convertirnos en moneda,
¡Qué presto nos fundirían
para duros y pesetas!

FIFER En exprimir la naranja
se afanan, hasta que tenga
jugo, y después a la calle
la echarán con desvergüenza.

PIOMBINO Esa infeliz Adelaida,
siempre víctima indefensa
de opresión tan horrorosa,

me lastima en gran manera.

FIFER Al mirarla, por momentos
más estática y más ciega
con ese Español soberbio,
no me causa alguna pena.

M. CLERMON ¿conque usted es insensible
a su situación violenta,
y a tantos padecimientos
como acosan su inocencia?

M. BACHOQUI Por lo visto los Suizos,
criados allá entre breñas,
son de bronca contextura
y de casta berroqueña.

FIFER Pues, Señoritas, yo blasono,
sin jactancias altaneras,
de abrigar en mis entrañas
sensaciones halagüeñas.

M. CLERMON El disimulo es perfecto...
Madama Bachoqui ahí queda.
(Vase.)

M. BACHOQUI Ya está fresco, si pretende
que yo escuche sus ternezas.
(Vase.)

PIOMBINO Conformarse amigo Fifer,
son muy raras estas hembras.
(Vase.)

Escena III

MONSIEUR FIFER, y luego ADELAIDA.

FIFER ¡Ay de mí! ¿Qué me sucede?
¿Conque todos me desprecian?

ADELAIDA ¿Tan solito?

FIFER Como siempre.

ADELAIDA Como nunca.

FIFER Usted chanea.

ADELAIDA ¡Cuadran por cierto las chanzas
con esta malvada estrella
que me acosa día y noche
con las más inicuas veras!...

Escena IV

MADAMA CLERMON y dichos.

M. CLERMON ¡Ay mi Dios!
ADELAIDA ¡Qué sofocada!
FIFER ¿Qué sucede?
M. CLERMON Yo estoy muerta...
tengo que entrar en mi cuarto,
y hasta la llave me niegan.
FIFER ¿Cómo es eso?
M. CLERMON El patrón nuestro,
vil modelo de insolencia,
porque hoy cumple la mesada,
me trata de esta manera...
ya me la habían negado,
mas logré que me la dieran...
FIFER ¿Y no hay para las Señoras
dos o tres días de tregua?
M. CLERMON Situación, esfera, sexo,
el todo por la rasera
de su codicia lo mide.
ADELAIDA Aquí de mis justas quejas
esos fieros desengaños
son ¡ay Dios! patentes muestras
de los miles de quebrantos
que acibarán mi existencia
M. CLERMON No lo dudo; pero al cabo
tiene usted que estar sujeta
al dominio de un cuñado,
pero a mí ¿Quién me encadena?

Escena V

MONSIEUR CAMPAN y dichos.

MR. CAMPAN ¿Usted lo ignora?
M. CLERMON Sí cierto.
MR. CAMPAN ¿Pues no es bien gorda la letra?
MR. CLERMON No alcanzo.
MR. CAMPAN Usted no quiere
entenderlo.
M. CLERMON ¿Y es?
MR. CAMPAN La deuda.
M. CLERMON ¿Y es motivo suficiente
para cerrarme la puerta
de la estancia?
MR. CAMPAN Sí, Señora.

M. CLERMON Tan solo un hombre a quien ciega
y esclaviza su codicia,
y el miramiento atropella
que requiere nuestro sexo,
obrará de esa manera.

MR. CAMPAN Usted manda en esta casa...

M. CLERMON En la mía y en la ajena
la verdad diré yo siempre
sin zozobras ni pamemas.

MR. CAMPAN Pues vaya usted a la calle.

M. CLERMON No quiero.

MR. CAMPAN Aunque usted no quiera,
tendrá que ir; y cuando no,
la tiro por la escalera...

Escena VI

MADAMA BACHOQUI y dichos.

M. BACHOQUI ¿Así se trata a las damas
en donde dicen que reina
la culta cortesanía?

MR. CAMPAN Pues usted, señora necia,
irá también a la calle,
con su digna compañera,
ahora mismo.

M. BACHOQUI Ni ahora
ni nunca.

MR. CAMPAN ¿A ver?
(En ademán de asirla.)

M. BACHOQUI Si usted llega
a tocarme, le deshago
esa cara de baqueta
de un sopapo.

MR. CAMPAN ¡Ola, Amazonas
tengo en la fonda!

M. BACHOQUI Una fiera
para usted seré al instante,
si comete la insolencia
de tocarme.

MR. CAMPAN ¡El primerito
seré yo en esa proeza!
Bien que los toques serían
de calidad muy diversa...

M. BACHOQUI ¿Qué significan, malvado,

tan atroces desvergüenzas?

MR. CAMPAN ¡Si usted es un angelito!

M. BACHOQUI Un demonio ser quisiera
para usted, y destrozarlo
de los pies a la cabeza.

Escena VII

DON MARCELO y dichos.

MARCELO ¿A qué viene este alboroto
que toda la casa atruena?

M. BACHOQUI Mate usted a ese malvado.

MR. CAMPAN Buen empeño se atraviesa.

MARCELO Oiga usted, seo mentecato,
mi mano solo se emplea
en justísimo castigo
de ruindades e insolencias.

M. CLERMON Ese vil hasta la entrada
de mi habitación me niega,
apropiándose mi llave
con insultante soberbia.

MR. CAMPAN Venga el dinero, y la estancia
al momento se franquea.

MARCELO Pues con dinero, o sin blanca,
la llave al instante venga.

MR. CAMPAN Pues la de usted, según veo,
presto correrá parejas
con la de esta pobretona.

MARCELO O la llave, o la palerma...
(Alzando el bastón.)

Escoged.

MR. CAMPAN Ni uno ni otro.

(Va a descargarla.)

¿Se verá tal insolencia?

Con espada, o con pistola,
saldremos enhorabuena.

MARCELO Por el pronto, garrotazo;
y en tundiendo esa mollera,
con tizona, o con trabuco,
haremos justicia seca.

MR. CAMPAN ¡Cómo yo soy tan medroso!..
Con esa amenaza fiera...

MARCELO Dejémonos de palabra,
y así allá va mi primera
de cambio...

(Le tira un garrotazo.)

MR. CAMPAN ¿Cómo, cobarde,
en mi casa?

MARCELO En donde quiera
castigo yo a los malvados...
La llave, o muere usted de esta.
Apiolemos un gabacho,
y lo que viniere venga.
(Entra M. CAMPAN.)

Escena VIII

MADAMA CAMPAN, y luego el portero y dichos

M. CAMPAN Ponte en salvo de ese loco.

MR. CAMPAN Muy en breve con la pena
será cuerdo.

MARCELO Despachemos;
¿Qué hace usted que no se acerca?

M. CLERMON Don Marcelo, por nosotras
usted no se comprometa.

M. BACHOQUI Deje usted que lo apalee
de los pies a la cabeza.

MARCELO Con un solo garrotazo
de mi poderosa diestra
que le retumbe en los cascos
lo tumbo, y requiem eternam.

MR. CAMPAN Llamar a la policía.

MARCELO También habrá para ella,
si no se lleva a la cárcel
y castiga, como es fuerza,
al malvado...

PEDRO Don Marcelo,
aquí hay una carta.

MARCELO Venga.

(La abre, saca una letra y se marcha arrebatadamente, diciendo:)

Envaine usted seo Carranza;
pronto estoy aquí de vuelta.

Escena IX

MONSIEUR y MADAMA CAMPAN, MADAMA CLERMON, LA BACHOQUI

M. CAMPAN Don Marcelo, por lo visto,
ha recibido una letra.

MR. CAMPAN Pero yo al Españolito
he de romper la cabeza.

M. CAMPAN Déjate de esos delirios,
que a todos al cabo cuestan
muy caros.

MR. CAMPAN Mas entretanto
tomen ustedes la puerta.

M. BACHOQUI Sepa usted que no queremos;
a ver quién nos hace fuerza.

MR. CAMPAN ¿No soy de mi casa dueño?

M. CAMPAN Por Dios, Campan, ten paciencia;
puede ser que D. Marcelo
esté muy pronto de vuelta,
pues trata con un banquero
que vive junto a la puerta.

MR. CAMPAN ¿Y yo qué tengo con eso?
Mas que viva donde quiera.
Que me despejen la fonda
estas damas es mi tema.

Escena X

PIOMBINO, FIFER, ADELAIDA y dichos.

PIOMBINO ¿Monsieur Campan? Qué delirio
arrebata esa cabeza.

MR. CAMPAN Más sabe el loco en su casa...

PIOMBINO Si en su empeño usted se aferra
de arrojar a las Señoras,
todos seguiremos sus huellas.

MR. CAMPAN Que las sigan.

PIOMBINO Adelante.

FIFER Cada cual en diligencia
hará otro tanto.

MR. CAMPAN Adelaida,
como afectuosa y discreta,
seguirá los mismos pasos.

ADELAIDA ¡Pobre de mí! la tormenta
al fin descargar debía
sobre mi pecho. La cuerda,
como dice allá el proverbio,
por lo delgado se quiebra.

MR. CAMPAN Pues lo delgado y lo grueso
aquí correrán parejas;

conque así, fuera al momento;
fuera todos, fuera, fuera.
(Vase.)

M. CAMPAN Mi marido está demente,
conque así nadie se mueva.

Fin del acto tercero.

Acto cuarto

Escena I

DON MARCELO, MONSIEUR y MADAMA CAMPAN. MADAMA CLERMON, LA
BACHOQUI y PIOMBINO

MARCELO Ya está aceptad al letra,
(La enseña.)

que por supuesto es dinero,
y las deudas de las damas
corren desde este momento
por mi cuenta.

MR. CAMPAN Pues entonces
es ya el caso muy diverso.

MARCELO Mil veces lo he dicho; y nada,
habían de estar los pesos
aquí al punto y por tramoya.

MR. CAMPAN Pues ya son todos muy dueños
señoras como señores
de subsistir...

M. CLERMON ¿Cómo es eso?
Querer que yo permanezca,
ni un instante, en este centro
de iniquidad, es echarme
encima un baldón eterno.

M. BACHOQUI Pues yo ya tengo vivienda,
y cuando no, de paseo
me fuera por esas calles,
antes que estar bajo un techo
que par siempre abomino
con el alma y con el cuerpo.

MR. CAMPAN Aquí a nadie se detiene;
ahí va la llave.

M. CLERMON

Entiendo:

como tiene usted ahora
afianzado el dinero,
me franquea sin reparo
la llave de mi aposento.

(Toma la llave con ímpetu, y se va con la BACHOQUI y PIOMBINO.)

Escena II

DON MARCELO, MONSIEUR y MADAMA CAMPAN, FIFER y ADELAIDA.

MARCELO Por fin con el desengaño,
ya usted se muestra más cuerdo.

MR. CAMPAN El alquiler de esta casa
es carga de tanto peso,
que es forzosos desvivirse,
sin descansar un momento,
para aprontar el trimestre,
que aún no es ido cuando es vuelto.

MARCELO El alma de toda empresa
es el activo desvelo,
y en una fonda como esta
no hay que abandonarse al sueño;
pero siempre a las Señoras
hay que guardarles sus fueros.
Yo a muchas por la escalera
todos los días encuentro,
y atentamente la mano
les alargo desde luego;
y aunque suelen admirarse
de un obsequio tan ajeno
de las costumbres francesas,
de las del día a lo menos,
mi interior pagado queda
con mostrarme caballero.

FIFER En España, por lo visto,
se conserva el uso añejo
de quijotear con las damas.

MARCELO Como nunca se opusieron,
antes bien se dan la mano
el valor y el galanteo,
de tributar blasonamos
estos frívolos obsequios,
que las señoras reciben
con fino agradecimiento.

(Vase.)

FIFER ¿A dónde así?

MARCELO

Mis quehaceres

en continuo movimiento
me tienen.

FIFER Pues por mi dicha,
traigo un asuntillo serio
con usted.

MARCELO ¿Conmigo?... Vamos
que usted me dirá su cuento.

Escena III

MONSIEUR y MADAMA CAMPAN y ADELAIDA.

MR. CAMPAN ¿En qué estamos de amoríos?

ADELAIDA Es chistoso pensamiento
el pedirme tales cuentas.

MR. CAMPAN ¿Pues no vino ese dinero
tan suspirado y tardío?

ADELAIDA Y al venir no pudo menos
de traer por camarada
un desposorio completo.

MR. CAMPAN El Español se me antoja
endiosado y altanero,
y se ríe de amoríos
mirándonos con desprecio.

Sin por vía de juguete
nos rinde miles de versos,
al punto voló su llama
como el humo, u como el cierzo;
con que ten, hermana mía.
Paciencia que no hay remedio
y te juro que están verdes.

(Vase.)

MR. CAMPAN A mi tema sempiterno,
el quehacer es lo que importa.

(Vase.)

ADELAIDA ¡Ay mi Dios! ¡Cuánto tormento!
¡Cuánto género de afanes
abriga mi triste pecho!

(Vase; pero la detienen PIOMBINO y FIFER.)

Escena IV

PIOMBINO, FIFER y ADELAIDA.

FIFER ¿A qué viene, Primorosa,

exhalar esos lamentos,
cuando a pares y a docenas,
los galanes van cayendo?
ADELAIDA ¿De cuándo acá Monsieur Fifer
tan satírico, u tan tierno?
FIFER Tal vez se me habrá pegado,
la ternura por lo menos,
de los huéspedes brillantes
que en esta casa tenemos.
PIOMBINO Yo soy un pobre emigrado,
y en brillanteces no sueño.
FIFER Cosechón de Jeremías
hay aquí, según voy viendo.
Pero Madama Bachoqui,
¿No es la reina de ese pecho?
PIOMBINO No sé si es reina o vasalla;
pero hablando sin rodeos,
Su Majestad me perdone,
yo con ella nada tengo.
ADELAIDA ¿Me necesiten Ustedes
para escuchar devaneos?
Pues redóblenlos sin tasa,
que yo en ellos no intervengo.
(Vase.)

Escena V

PIOMBINO y FIFER.

FIFER Para ésta todos son nadie,
exceptuando, por supuesto,
el galán incomparable,
el heroico don Marcelo.
PIOMBINO Pues el héroe de mi vida
presumido es en extremo,
no tan sólo de valiente,
pues se encumbra hasta los cielos;
mas también de literato...
Ya me llevó el pobre necio
una amarga leccioncita
que le dejó patitieso.
FIFER Pues la echa de generoso,
y no es más que un embustero;
yo quise tentar el vado,
pues ya se ve, ni por sueño

necesito sus pesetas,
ni las de nadie... un veneno
hecho estará, si ha podido
oír los elogios nuestros.
PIOMBINO Importa poco.

Escena VI

MARCELO y dichos.

MARCELO ¿Anda lista
la tijera, caballeros?

PIOMBINO De asuntos indiferentes
estábamos departiendo.

MARCELO Todos saben lo que en boca
del personaje primero
allá ponen a menudo
Calderón, Lope y Moreto.

PIOMBINO No lo hemos oído nunca,
ni nos importa el saberlo.

MARCELO Despejad... es lo que expresan,
y yo con formal imperio
lo repito... ¿hablo con sordos?

PIOMBINO Eso será, si queremos.
(MARCELO enarbola una silla y sin hablar se va para ellos.)

FIFER El evitar todo lance
es el partido más cuerdo.
(Vanse.)

Escena VII

DON MARCELO y PEPITA, y luego ADELAIDA.

PEPA Señor... yo toda me asusto
de ver a Usted tan inquieto.

MARCELO Aventé esos moscardones
que me venían zumbiendo
por los oídos.

PEPA ¡Ay Dios!
¿Por ventura será cierto
que Usted muda de fonda?

MARCELO ¿Y qué tenemos con eso?

PEPA Al oír esa noticia
me he quedado sin aliento.

MARCELO No sé qué causa habré dado
para tan finos extremos.

PEPA Yo, como todas, prendada
estoy de ese noble pecho.

MARCELO Mi corazón, por lo visto,
será de bienes mostrencos,
pues que en torno se arraciman
los aspirantes a cientos.

PEPA Pues Juana...

MARCELO ¿Qué la portera?

PEPA La misma...

MARCELO ¿Entrar en el gremio
intenta?... Hará lo que debe
en desquitarse de Pedro
que es un camastrón de cuenta,
pues le sé primores bellos.

ADELAIDA Haré tal vez mala obra...

MARCELO Adelaida, no por cierto.

(Vase PEPA.)

Escena VIII

ADELAIDA y DON MARCELO.

ADELAIDA Siento haber interrumpido
ese coloquio halagüeño.

MARCELO Pepita por la mañana
se aparece en mi aposento
con la sonrisa en los labios
y hace más grato el almuerzo;
y yo en todas ocasiones
de agradecido me precio.

Fuera de eso, una criada
prendarme... ¡qué devaneo!

ADELAIDA Seguramente Pepita
no es bastante digno objeto
para excitar los ardores
de ese poético ingenio.

MARCELO Aquí estoy sobre ese punto
muy fuera de mi elemento.

Allá en mi país los rasgos
me hierven en el tintero;
y así la tez de azucena,
el oro de los cabellos,
la sonrisa encantadora
y el embalsamado aliento,
con los ojos peregrinos,
brotan al punto en mis versos.

ADELAIDA Las damas a su Poeta
estarán echando menos.

MARCELO Para cantar sus primores
no faltan otros ingenios.

ADELAIDA ¿Pero Usted no se distrae
algún rato con el juego?

Y supuesto que blasona
de sus arranques intensos;
¡Es por ventura posible
que yazca ese pecho yerto
con sus marchas incesantes
por ese París inmenso
centro de Artes exquisitas,
cuajado todo de objetos,
a cual más raro y brillante,
a cual más lindo y perfecto!

MARCELO ¿Serán las aves nocturnas
que a los hombres van asiendo
por el brazo, y tremolando
boato propio u ajeno?

Mi salud me es muy preciosa,
y lo es también mi dinero.

ADELAIDA Pero hay damas instruidas
y de carácter honesto.

MARCELO Como una sabio Chamberga
que vive cerca del cielo,
como que trepé en su busca
por escalones a cientos,
y con su tez verdinegra
y con sus dientes inmensos,
académicos discursos
ansiosamente escribiendo,
de llegar a su presencia
pagó bien mi afán intenso.

ADELAIDA Pero hay otras distracciones,
sin contar los coliseos
tan varios y concurridos;
los campeones de ambos sexos
a campeones de ambos sexos
a competencia se empozan
en garitos opulentos
y medran o se arruinan
con espléndido denuedo.

MARCELO ¿Yo al vaivén de un naipecillo,
de esos mamarrachos fieros
de una bárbara baraja
he de colgar mi talento

corto u largo u lo que fuere?
Que en aquel trance tremendo
salga el dos en vez del cinco,
¡qué memorable suceso!
Y esa absurda fruslería,
sobre los lloros perpetuos
que acarrea a las familias
con mil fracasos horrendos,
clavadas tiene las almas
de millares de sujetos.

Escena IX

LA BACHOQUI, LA CLERMON y dichos.

M. BACHOQUI Nuestro equipaje ya vuela,
y Usted con tanto sosiego
aquí se está galanteando.

MARCELO Yo no gasto galanteos.

ADELAIDA Estas damas, por lo visto,
están pasadas de celos.

M. CLERMON Cabalito; vaya, un lince
es Adelaida por cierto.

M. BACHOQUI Fuera bromas; ahí las llaves
están de los cuartos nuestros.

ADELAIDA Ese es cargo de mi hermana.

M. BACHOQUI De cualquiera puede serlo.

ADELAIDA Voy a entregarle las llaves.

(Vase.)

M. BACHOQUI Ya está todo satisfecho.

Escena X

LA BACHOQUI, LA CLERMON y DON MARCELO.

M. CLERMON ¡Quién creyera que el dechado
de pundonor, Don Marcelo,
tan helado se mostrara!...

M. BACHOQUI Está el amor de por medio.

MARCELO Lejos vive mi cariño,

y ajeno de galanteo,

estuve moralizando

más que un padre misionero.

Y tuvo a bien Adelaida

escuchar mis adefesios.

M. CLERMON Nosotras por fin nos vamos,
y al bajar los chismes nuestros,
otros huéspedes llegaban...

Miraos en este espejo,
les he dicho, y al instante
a la calle se volvieron.

MARCELO Por lo visto, algo, y aun algos,
vengativo es ese pecho.

M. CLERMON ¿Acaso tan vil canalla
merece algún miramiento?

(Vanse, al salir MADAMA CAMPAN)

Escena XI

MADAMA CAMPAN y DON MARCELO.

M. CAMPAN ¿Se marchan?

MARCELO Así parece.

M. CAMPAN A Tetuán, y con mal viento.

MARCELO Pues Usted, a mi llegada,
las encumbró hasta los cielos.

M. CAMPAN El desengaño nos hizo
variar luego de concepto.

MARCELO Pues yo en ellas nada he visto
que desdiga de lo honesto.

M. CAMPAN La italiana cantarina
hace viso en los conciertos,
y aunque casada, está sola,
y campa por sus respetos,
haciéndole su consorte
visitas de cumplimiento;
al paso que sus galanes,
y Piombino por supuesto,
sin pizca de ceremonia,
le rinden jovial obsequio.

MARCELO Amiguita, hablemos claro;

¿Para qué gastar rodeos?...

Ustedes han hecho... meses
el oficio de terceros.

M. CAMPAN ¡Ay mi Dios! ¿Qué es lo que dice
el atento Don Marcelo?

MARCELO Lo que suena... y retintín...

M. CAMPAN Por nuestro estado tenemos
que vivir con todo el mundo;
¿Cómo ha de ser?

MARCELO Ya lo veo,
el hacer la vista gorda
es gala de posaderos...
¿Y también tiene alifafes
la Clermon?

M. CAMPAN Pues, Don Marcelo,
¿Usted que es todo agudeza,
no la conoció muy presto?
Con su marido en España,
y aquí las modas siguiendo,
¿A ver de dónde saldrían
esos brillantes arreos?...

MARCELO Por sospecha igual sin duda,
ese malvado de Pedro
quiso también con la dama
entablar su galanteo;
que si yo llego en el lance,
le descargo un gran voleo,
o para salir del paso
contra una pared lo estrello.
Yo en verdad, como paisano
de su marido, lo siento;
mas ellas andan enfermas,
tal vez por los pasos estos
y el ardor de sus enojos,
y a ver su aposento nuevo
me voy.

M. CAMPAN ¿Pero Usted nos deja?

MARCELO Es regular... ya veremos.

M. CAMPAN ¿Adelaida?

MARCELO ¿Acaso media
algún comprometimiento
por mi parte?
(Vase.)

M. CAMPAN ¡Qué trastornos
cada día padecemos!

Fin del acto cuarto

Acto quinto

Escena I

MONSIEUR CAMPAN, PEDRO y JUANA.

M. CAMPAN Acabo en este momento
de encontrar en la vivienda
de ese altivo Don Marcelo
sin asa la jarra aquella
de exquisita porcelana
que compré en una almoneda.

PEDRO Pues juraría que hoy mismo
la he visto sana y entera.

M. CAMPAN ¿Pues quién la ha roto?

PEDRO Las brujas.

M. CAMPAN El brujo es Usted, babieca...
Quien rompe el vidrio lo paga.

PEDRO Páguelo muy norabuena;
mas por esta vez conmigo
no puede correr tal cuenta.

M. CAMPAN La masa tengo en la mano,
pues el fin del mes se acerca.

PEDRO Será un robo de los muchos...

M. CAMPAN Esa es sobrada insolencia
para un portero.

PEDRO Usted mismo
está mirando la priesa,
con que los huéspedes vienen;
y los que se van detestan
de una casa tan... callemos,
y hagamos nuestra maleta.
Vamos Juana... ¿Qué eres sorda?

JUANA No, por cierto.

PEDRO Así lo muestras.
¿Llevarás tú los calzones?
Vamos, digo.

JUANA De manera
que hasta ahora nunca quise
avenirme a tus ideas,
mas ya estoy viendo que tienes
mil razones.

PEDRO Que las tenga,
o yo, no mando.

M. CAMPAN ¡Ola! el hombre
goza potestad suprema...
Después que le disimulan
esas maldades tan fieras
de intentar con las Señoras...

Escena II

MADAMA CAMPAN, y dichos.

PEDRO ¿Qué?

M. CAMPAN Bellísimas empresas.

PEDRO Pues las de todos los hombres,

por cierto que la pareja
que le cupó a usted en suerte
es preciosísima prenda.

Con huéspedas, con criadas,
con todas en casa y fuera,
noche y día, hecho un monote,
se desala tras las hembras;
y luego se llama andana,
o les da una friolera.

M. CAMPAN Picarón, fuera al momento,
o te rompo la cabeza.

PEDRO Si usted me toca la ropa,
allá van dientes y muelas
a rodar por esos suelos;
en cuanto al irme, es ya fuerza
ponerlo al punto por obra,
lo demás fuera demencia.

(Vase con JUANA.)

Escena III

MONSIEUR y MADAMA CAMPAN

M. CAMPAN ¿Con qué va a quedar hoy mismo
nuestra gran fonda desierta?

Mientras tú dale que dale
en que has de ser calavera.

MR. CAMPAN Calavera o juicioso,
yo no tengo que dar cuenta
de mi vida a nadie, y menos
a mi mujerzuela necia.

M. CAMPAN Tú eres el necio y el pillo.

MR. CAMPAN ¿Qué se entiende, insolentuela?
Si hecho mano de un garrote,
te hundiré la mollera...

Escena IV

ADELAIDA y dichos.

ADELAIDA ¡Ay Dios! ¿qué escándalo es este?

MR. CAMPAN ¿Qué trae la bachillera?

Con esta alhaja preciosa
bastante gente nos queda.

ADELAIDA Siempre insultos y bochornos.

MR. CAMPAN ¿Hay más que tomar la puerta?

ADELAIDA Yo creía que el carácter

de huerfanilla indefensa
acreedora me hacía
a alguna tierna indulgencia.

Ya me había conformado
con la bárbara sentencia
que con la Pepa insolente
por las noches me empareda...

Escena V

PEPA con el paquete de su ropa debajo del brazo, y dichos.

PEPA Pues no hay que apesadumbrarse,
que ya está aquí la dispensa
de esa estrechez tan amarga.

M. CAMPAN ¿Estás en tu acuerdo, Pepa?

PEPA Y tanto, Señora mía;
puesto que todos desiertan
de esta casa, y yo no tengo
más paga que las estrenas
de los huéspedes, que cierto
no derraman sus finezas.

MR. CAMPAN Eso será alguna cita
con tu querido babieca.

PEPA ¿Quién es ese caballero?

MR. CAMPAN ¿Pues qué ya no te interesa
ese Español primoroso?

PEPA Yo no tengo que dar cuenta
de mis asuntos a nadie;
conque abur; hasta la vuelta...
La del humo, por supuesto.

(Vase.)

ADELAIDA ¡Qué Pepa tan desenvuelta!

Escena VI

LA BACHOQUI y dichos, y luego PIOMBINO.

M. BACHOQUI Me han dicho que Usted tenía conmigo allá ciertas quejas.

MR. CAMPAN Una tengo desde luego.

M. BACHOQUI ¿Cuál es?

MR. CAMPAN La de que Usted vuelva a asomar por esta casa.

M. BACHOQUI ¿Se verá tal insolencia?

(Se aparece PIOMBINO.)

MR. CAMPAN La sogá tras el caldero.

M. BACHOQUI Ya descampa.

PIOMBINO Y apedrea.

MR. CAMPAN Que apedree y caigan rayos, dejémonos de pamemas.

Ustedes con sus amores han llenado de pependencias esta casa.

PIOMBINO Semejantes

necedades se desprecian,

o se castigan de firme.

M. BACHOQUI Madama Clermon enferma se ha puesto.

MR. CAMPAN Pues que se cure.

Ya me importan sus dolencias.

M. BACHOQUI Yo vengo a ver, si Adelaida gusta de ser mi doncella,

y en todo será tratada

en clase de compañera.

MR. CAMPAN ¿No ha de aceptar el partido?

A fe que con tal maestra

pondrás cátedra muy pronto

de mil halagüeñas prendas.

PIOMBINO El rufián es primoroso,

sin tener por donde pueda

desecharlo el mismo diablo.

ADELAIDA Agradeciendo esa oferta,

dejar no puedo a mi hermana,

por haberse ido la Pepa,

tan sola.

M. BACHOQUI Queda enterada;

pues amiga, si Usted sueña,

que el brillante Don Marcelo

hace caso de francesas,

se jugó Usted el juicio.

(Vase.)

Escena VII

PIOMBINO, MONSIEUR Y MADAMA CAMPAN, y ADELAIDA.

PIOMBINO Ajustemos nuestra cuenta.

MR. CAMPAN ¿También Usted?

PIOMBINO Por supuesto.

MR. CAMPAN ¿Y la Bachoqui ha querido
presenciar estas escenas?

A la verdad la visita
ha sido bien indiscreta.

PIOMBINO Aquí se suponen siempre
miras torpes y siniestras...

y a todo esto ¿qué se han hecho
el portero y la portera?

M. CAMPAN Por lo visto, se han marchado
abandonando la puerta.

(Vase apresuradamente con ADELAIDA.)

Escena VIII

PIOMBINO, y MONSIEUR CAMPAN.

PIOMBINO ¿Y Usted, que es el mismo azogue,
se está aquí con esa flema,
malgastando tanto tiempo
en preguntas y respuestas?

(MR. CAMPAN yendo y viniendo.)

Este abandono me tiene
trastornada la cabeza,
y en breve, según voy viendo,
he de perder la chaveta.

(Vase para adentro.)

Escena IX

PIOMBINO, y luego MADAMA CAMPAN.

PIOMBINO ¡Jesús qué casa de orates!

(Esforzando la voz.)

O ajustamos esa cuenta,
o me marchó por la posta.

¡Franceses y tanta flema
para cobrar! ¿Quién ha visto
fenómeno tal?

M. CAMPAN ¡Qué priesa
trae Usted! Bien se conoce,
que falta cierta presencia...

PIOMBINO Y luego faltarán todas,
según esto se traquea.

M. CAMPAN Y la Bachoqui ha venido
por ver la casa desierta,
y disfrutar el deleite
de la venganza perversa;
pues aquello Adelaida
no era más que una pamema.

PIOMBINO Ni entro, ni salgo en eso,
y sea lo que se quiera,
en fin ¿qué debo?

M. CAMPAN Veremos.

PIOMBINO En suma ¿cuánta es mi duda?

M. CAMPAN Como unos doscientos francos.

PIOMBINO ¡Ay qué risa! Friolera.
¿Menos cuánto?

M. CAMPAN Menos nada.

PIOMBINO ¿Y extrañarán ver desierta
la casa donde se roba
sin límite y sin vergüenza?

M. CAMPAN Pues a Usted en otro tiempo
le parecía de perlas.

PIOMBINO Entonces disimulaba,
mas ya es fuerza hablar de veras,
y sin rastro de rebozo,
con personas tan perversas.

M. CAMPAN Poco a poco, Señor mío.

PIOMBINO No iré sino muy de priesa.

Escena X

MONSIEUR FIFER, y dichos.

FIFER La portería está en auge.

Adelaida de portera
con su socio Don Marcelo,
y tan metidos en gresca,
que me he rozado con ellos
y ni me han visto siquiera.

PIOMBINO Monsieur Fifer, Monsieur Fifer,

si la envidia sarna fuera...
FIFER Rabio de celos aparte.
PIOMBINO Dejémonos de chufletas,
que Adelaida en ese pecho
clavadas tiene sus flechas.
FIFER Y hondamente, camarada.
PIOMBINO En fin, Madama Estafeta,
salgamos de nuestro enredo.
M. CAMPAN ¿Cómo es eso?
PIOMBINO Como suena
M. CAMPAN Aquí no se estafa a nadie.
PIOMBINO Seré excepción de la regla.
M. CAMPAN A usted menos.
PIOMBINO Vamos claros
traigo ajustada la cuenta;
allá va si usted la quiere.
M. CAMPAN Es forzoso que me avenga,
por el honor de la casa...
PIOMBINO Que valdrá unas dos pesetas.
M. CAMPAN ¿Todavía más insultos?
M. CAMPAN (de paso) No me fío de la puerta;
yo relevaré a Adelaida...
mas dejaos de contiendas.
(Entra DON MARCELO.)

Escena XI

DON MARCELO y dichos.

MARCELO Esta fonda, donde un tiempo
era todo paz risueña,
hecha un campo de Agramante,
está en batalla perpetua.
PIOMBINO Aquí en dimes y diretes
andamos por nuestra cuenta.
MARCELO ¡Ay qué motivo tan torpe!
Pero sea como quiera,
sabed que corre a mi cargo
zanjar esas diferencias.
M. CAMPAN Pues entonces que se vaya
como y cuando le parezca.
MARCELO Toditos le seguiremos.
M. CAMPAN ¿Conque Usted también nos deja?
MARCELO Por supuesto, pero antes
hay que ajustar otras cuentas.

Conmigo y con Monsieur Fifer.

FIFER ¿A ver qué cuentas son esas?

MARCELO A todos los concurrentes
suplico que no se muevan.

MR. CAMPAN El hogar me está llamando,
pues se ha marchado la Pepa,
en un repentón del diablo.

MARCELO Como que acabo de verla
en la calle aquí cerquita,
muy llorosa por más señas;
mas con un requiebro mío,
quiero decir de pesetas,
enjugó sus lagrimillas,
y se marchó tan contenta...
Por fin ya asoma Adelaida,
y es precisa su presencia.

Escena XII

ADELAIDA, y dichos.

MARCELO Fuera, Adelaida del alma,
larguísima la reseña
que mi afecto formaría
de esas lindísimas prendas,
y de ese fino agasajo
que en risueña competencia
rebotan. Llegó el momento
de que mi pasión extrema
a sus anchuras se explaye,
y logre la complacencia
de poner de manifiesto
la victoria más completa.
Mis asuntos en bonanza
la facultad me franquean
de servir a mis amigos
con las más íntimas veras.
Por tanto, Adelaida mía,
éste tu rendido espera,
que tras mil amargos ayes,
corones tantas finezas
con el más grato holocausto;
y dando fin a mi arenga,
que esa persona preciosa
se digne alargar su diestra...
A Monsieur Fifer.

FIFER Con mil amores.

M. CAMPAN Tu alma

en tu palma; si te entregas
a la suerte, por mi parte,
niña, allá te las avengas.

MARCELO Una astróloga conozco

que vive hacia las estrellas,
y me consta que ha de darnos
de la suerte venidera

de estos amantes, noticias
tan propicias como ciertas.

Viva el logro de mi anhelo,

y viva con dicha eterna

esta unión tan repentina,

esta envidiable pareja...

(Palmoreo y al estruendo entra MONSIEUR CAMPAN.)

Escena última

MONSIEUR CAMPAN y dichos.

MR. CAMPAN ¿Qué función tan peregrina

en mi casa se celebra,

que tan ruidosos aplausos,

y tal júbilo acarrea?

M. CAMPAN Pues ahí es nada el bodorrio

cuajado aquí en dos paletas.

MR. CAMPAN ¿Y entre qué amantes del alma?

M. CAMPAN La preguntilla es discreta;

¿no lo ves por los semblantes?

MR. CAMPAN Todos los hallo de fiesta.

M. CAMPAN Para excusarte el apuro

de quebrarte la cabeza;

entre el Señor y Adelaida...

MR. CAMPAN Si es el mayor calavera

que he conocido en mi vida.

MARCELO La época de la enmienda

llegó ya; y les damos todos

la más fina enhorabuena.

PIOMBINO ¿Y Usted, Capitán Araña,

que siempre metido en grescas,

y gritando embarca, embarca,

al cabo se queda en tierra,

cuándo nos dará un buen día?

MARCELO Amigo mío, quien tenga

su tejadito de vidrio
a los demás no eche piedras;
y por fin, en mi concepto,
eso jamás corre priesa.

PIOMBINO Pero ha de llegar el caso.

MARCELO ¿Si las damas me desprecian?

FIFER ¿Cómo?

MARCELO Es cierto.

PIOMBINO ¿Pero todas?

MARCELO No lo sé, ni me interesa;
con tal que yo viva libre,
desprécienme cuanto quieran.

Fin

La declamación

Sin afán, sin aparato,
sin recónditos preceptos,
sin conatos delirantes
de ostentarme en coliseos,
y tan solo por instinto,
los incomparables versos
del dulcísimo Meléndez
recité en jovial recreo.

Por las márgenes del Sena,
el corifeo, el maestro,
dictador y soberano
del francés trágico imperio,
talma, entre mil excelencias,
incurrió en el devaneo
de alternar sublimes rasgos
con frenéticos extremos;
pero la cómica escena,
toda ardor y movimiento,
en aquel país festivo,
es un dechado perfecto
de entusiasmo decoroso,
de ademán y de gracejo.

Maiquez, la escuela francesa
al Manzanares trayendo,
en uno y otro carácter
logró ser sin par modelo.
Con su despejo certero,

desterró el fatal tonillo
y otros mil vicios anejos
en el caos afrentoso
del vulgar teatro nuestro;
mas con frenético orgullo
siempre empapado en incienso,
cual si sentado en el solio
empuñase el regio cetro,
y hollase bajo sus plantas
esclarecidos imperios,
allá en pompa tremolando
sus teatrales trofeos,
anonadó su existencia,
y los rápidos progresos
de la escena castellana
malogró por largo tiempo.

Nuestras damas distraídas
mueven, a diestro y siniestro,
sus brazos descompasados;
o bien, cual postizos miembros,
los cuelgan, y los olvidan,
en abandono completo.
Jamás el papel decoran,
jamás con ojos atentos
al actor presente miran,
más con gritos indiscretos
y ademán vulgar y torpe
descaminan del objeto
de la acción, y desfiguran
el primor de su contexto.

Fuera los recursos tristes
de abanicos y pañuelos,
y también los guantes fuera,
y hablen las manos y dedos.

Los Actores siempre alerta,
mirar deben como el centro
de sus pasos, el asunto,
y echar a porfía el resto
tras el conjunto armonioso
de traje, acción, brío, acento
y gala y brillo que alcancen
a colmar el embeleso,
que es el blanco, el sumo logro,
de tan ínclito recreo.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

